

ESCUELA BÍBLICA

**DIEZ NORMAS
PARA LEER
LA BIBLIA**

TORRE DEL MAR

DIEZ NORMAS PARA LEER LA BIBLIA

Estas palabras, escritas de manera muy sencilla, están dedicadas al grupo de la Escuela Bíblica, con el deseo que les sirva de algo para conocer la Biblia en general y alguno de los temas vertebradores de la misma en particular.

1.- Interpretación

La Biblia se interpreta a sí misma; para encontrar el sentido de un texto, hay que acudir a los lugares paralelos que hablan de lo mismo en contextos históricos diferentes y en diversas circunstancias. Así nos enriquecemos al conocerlo bajo distintos aspectos. Las Biblias de hoy suelen tener al margen la cita del lugar en que se hallan muchos de ellos. En todo caso están las concordancias bíblicas.

La Biblia, a pesar de la diversidad de autores humanos, muchos de los cuales nos son desconocidos, tiene una unidad total debida a que está escrita bajo la acción del Espíritu Santo, autor supremo de la misma. En esta unidad se funda la analogía de la fe para decirnos que en ella no puede haber un sentido en contraposición con otro cuando se trata de verdades reveladas, en las que reina una perfecta armonía.

La Sagrada Escritura se interpreta también con la Tradición, que emana de la misma fuente divina, recogida, estudiada y representada por los Santos Padres. El Magisterio vivo de la Iglesia tiene el oficio de interpretar la Sagrada Escritura, pero esto no significa que esté por encima de ella, sino por debajo, está para servirla. Estas tres realidades, la Sagrada Escritura, la Sagrada Tradición y el Sagrado Magisterio entrelazados y unidos, se complementan, pero no tienen la misma importancia. El orden es éste: La Escritura, la Tradición y el Magisterio. La Biblia es la primera. La Iglesia no puede

olvidarse de que en ella tiene su retrato, su identidad, grabado por su fundador divino. Es, por tanto, el espejo en que debe mirarse cada día para comprobar si es o no fiel a sí misma y si su magisterio se ajusta plenamente a las enseñanzas de Jesús.

2.- Los géneros literarios

La Biblia se escribió a lo largo de unos once siglos. Sus hagiógrafos, pertenecientes a diversas épocas y culturas, dejaron las huellas del momento en que vivieron.

Los géneros literarios son modos de expresarse de un pueblo en una época concreta. Según cambian los pueblos y las épocas, cambian las expresiones: En la Biblia tenemos siete géneros literarios mayores: Jurídico (La Ley), histórico (La Historiografía), profético (La Profecía), poético (La lírica sagrada), sapiencial (La Sabiduría), apocalíptico (Daniel y Apocalipsis) y epistolar (Cartas).

Cada género literario tiene su propia verdad expresada en la intencionalidad del autor. El género literario que predomina en la Biblia es la Historiografía, cuya definición es ésta: “La narración de hechos reales o ficticios que ofrecen un interés colectivo”. En nuestro caso este interés es generalmente de carácter religioso. Los primeros destinatarios, contemporáneos al autor, entendían lo que era real o ficticio. Para nosotros, occidentales del siglo XXI, no es tan fácil. ¿Cómo podemos comprender las proezas de Sansón y las astucias y artimañas de Dalila? (Jue 13-16). Nosotros entendemos que el relato debe ser real y objetivo, algo que, efectivamente, sucedió.

Pensemos además, que los hagiógrafos, más que historiadores eran teólogos de la historia en cuanto tiene un sentido religioso y se relaciona con nuestra salvación. La Biblia es una historia teológica. Nos puede servir para interpretarla alguno de los comentarios bíblicos a nuestro alcance. En la biblioteca hay cuatro: el de San Jerónimo en cinco volúmenes de tamaño grande; el Internacional, en un volumen de tamaño grande; el de la Casa de la Biblia en unos treinta volúmenes de tamaño normal y el de “Sal Terrae” también de unos treinta volúmenes de tamaño normal.

3.- Lectura literalista

Esta norma puede considerarse como una prolongación de la anterior. No se puede hacer, por sistema, una lectura literalista (al pie de la letra) de la Biblia. Si la hiciéramos caeríamos en el error de decir lo que la Biblia no ha dicho. Pongamos tres ejemplos: 1) Jesucristo bendice los panes y los peces y con ellos comen “4.000 hombres sin contar a las mujeres y a los niños”, ¿contarían de verdad a los hombres? Lo significado en el “milagro” es que, si se reparte el pan que tenemos, hay pan para todos y aún sobra (Mt 15, 32-38). 2) Llevan a un paralítico a Jesús para que lo cure. Como no podían entrar por la puerta por el gentío que había, abrieron en el tejado un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico donde Él estaba. ¿Se puede creer que esto fue realmente así? Con ello se quiere decir que para la fe no hay obstáculos, todo lo supera (Mc 2, 1-4). La fe mueve montañas. 3) Jesucristo dijo: “El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valdría que le ataran al cuello una rueda de molino y lo tiraran al mar” (Mt 18, 6). Jesucristo, Dios y hombre verdadero, clemente y misericordioso, no pudo decir estas palabras tan duras. Con ellas el redactor del evangelio quiere acentuar la gravedad del escándalo. “Él vino al mundo no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn 3, 17), buscaba a los pecadores, a la oveja perdida (Lc 15, 8-10), hasta se hizo pecado por nosotros (2 Cor 5, 21), perdonó a la adúltera (Jn 8,

1-11), a la pecadora arrepentida (Lc 7, 37-50) y nos enseñó la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32).

No sabemos con exactitud las palabras dichas por Jesucristo. La más segura es la palabra aramea ABBA (papá, papaíto), que encontramos en Marcos (14, 36) y en Pablo (Rom 8, 15 y Gal 4, 6). Abba es la palabra más importante y reveladora del Evangelio: Dios es nuestro ABBA, nuestro PADRE querido. Pensemos, además, que la redacción final de los evangelios se hizo muchos años después de su muerte: Marcos del 65 al 70; Mateo del 80 al 85; Lucas hacia el 80 y Juan hacia el 98.

4.- Lectura cristiana

Hay que hacer una lectura cristiana de la Biblia, es decir, poner la atención en Jesucristo presente a lo largo de la Sagrada Escritura. Todos los libros sagrados hacen como una pirámide, en cuya cúspide están los Evangelios, la vida, las palabras y los hechos de la vida pública de Jesucristo, de tal modo que podemos decir que la Biblia es Cristo.

La revelación divina se realiza en tres grandes etapas con sus protagonistas. El Antiguo Testamento con los profetas, el Nuevo con la encarnación de la Palabra (Cristo) y el tiempo de la Iglesia con el Espíritu Santo. En el centro está Cristo, culminación de la primera y punto de arranque de la tercera.

San Jerónimo decía: “No hay más que un río que baja del trono de Dios. Y este corre entre dos riberas, que son el Antiguo y el Nuevo Testamento, y en cada orilla se encuentra plantado un árbol que es Jesucristo”. Todo se ha escrito a propósito de Él. El que quiere conocer bien el Nuevo, tiene que conocer bien el Antiguo.

Cuando los cristianos quisieron explicar el acontecimiento “CRISTO”, volvieron los ojos al Antiguo Testamento del que hay una gran abundancia de citas en el Nuevo. He aquí algunos textos mesiánicos del Antiguo Testamento: Gn 3, 15: El “linaje” descendiente de la mujer se refiere a Cristo-Mesías; a este pasaje se le ha llamado el

“protoevangelio”. 2 Sam 7, 11-16: Esta profecía de Natán a la que se le ha considerado mesiánica por los expertos en la Sagrada Escritura, de tal modo que a los versículos 13-16 se les ha conocido como “El evangelio de Natán”. Los salmos reales hacen referencia al Mesías: de ellos los más claros, que merecen mayor atención son el 2, el 72 y el 110. En los profetas nos encontramos también con referencias al futuro Mesías. Citamos tan solo a Isaías en lo referido al Siervo de Yavé: Mesías (52, 13-15 y 53, 1-12). Por último decir que Jesús tenía conciencia de que él era el profeta anunciado por Moisés (Dt 18, 15-18).

Por todo lo dicho hay buenas razones para decir que las Sagradas Escrituras son Jesucristo.

5.- Lectura oracional

La Biblia es el libro de oración. Los Santos Padres decían: “Legite orantes” (leed orando). La Biblia está escrita bajo la acción del Espíritu Santo y bajo esa misma acción debe ser leída. “Nosotros no sabemos orar como conviene, pero el Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos inenarrables” (Rom 8, 25). Jesucristo nos enseñó a orar con el Padrenuestro y el Espíritu nos sigue enseñando. Debemos invocar al Espíritu Santo al comenzar la lectura. “Nadie puede comprender a Dios ni su Palabra, si no ha sido iluminado por el Espíritu Santo” (Lutero).

Dentro de la Biblia tenemos libros especiales para orar. En el N. T., los evangelios, “fuente de toda la verdad salvadora y de toda la norma de conducta” (Vat. II). Y en el A.T. están los salmos propios para todas las situaciones en que nos encontremos, de alegría, de sufrimientos, de peticiones, de acción de gracias, etc. Los salmos eran la oración de Israel. Jesucristo murió en la cruz recitando salmos.

Nuestra vida espiritual debe alimentarse con la Palabra y la Eucaristía pues, “sin la Eucaristía, tenemos en la Biblia las palabras de un ausente, y sin la Biblia, tenemos en la Eucaristía una presencia muda” (Auzou). “La Iglesia ha venerado siempre la Sagrada Escritura al igual que el mismo cuerpo del Señor” (DV 21).

La oración es un diálogo de amor con Dios. El Concilio Vaticano II dice que “a Dios hablamos cuando oramos y a Dios escuchamos cuando leemos su palabra” (DV 25). La oración es la vida del alma, como el aire lo es del cuerpo. La llamada “Lectio Divina” es óptima para orar. Una vez elegido el texto bíblico oportuno, demos estos cinco pasos: 1) Lectura: es decir, hacer una lectura inteligente, conocer su sentido. 2) Meditación: reflexionamos, asimilamos y encarnamos en nuestra propia vida la Palabra comprendida, obra de la cabeza. 3) Oración: orar con el texto, hablar con Dios cara a cara, como un amigo con su amigo, obra fundamentalmente del corazón. 4) Contemplación: oración de quietud, dejarse inundar por el contenido de la Palabra. Es la obra de Dios en nosotros. La Palabra es ya nuestra propia vida. 5) Acción: La oración, que hemos hecho, se traduce en proyección fraterna, en solidaridad con los hermanos con obras de amor. Esto es obra nuestra, culminación práctica de la lectura de la Biblia.

6.- La Biblia medida de la verdad

Todo es verdad en la Biblia en cuanto directa o indirectamente se refiere a nuestra salvación. Nos enseña, no cómo va el cielo, es decir, cómo funcionan las leyes cósmicas, físicas y matemáticas que fueron el origen y rigen la marcha del universo, sino cómo se va al cielo.

La Biblia no es un libro científico, ni siquiera histórico en el sentido riguroso de la palabra, aunque sí tiene una base histórica fundamental de palabras y de hechos que real y objetivamente acontecieron. Es un libro sagrado que nos indica el camino de la vida eterna. Nuestra vida religiosa y social debe confrontarse con ella, verdad suprema, inmutable y eterna.

“Llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos” (Santa Teresa). “Todos los males que le vienen al mundo es por desconocimiento de la Sagrada Escritura” (id). EL Señor escondió en su palabra verdaderos tesoros, para que cada uno de nosotros pueda enriquecerse en cualquiera de los puntos en que concentrar su reflexión” (San Efrén).

He aquí estas palabras del Concilio Vaticano II sobre la supremacía de la Biblia en la Constitución sobre la divina revelación: “El estudio de las Sagradas Escrituras ha de ser como el alma de la Teología, también del ministerio de la

Palabra, esto es, la predicación pastoral, la catequesis y toda instrucción cristiana”.

Los enseñantes de religión, los agentes de pastoral y los catequistas “deben sumergirse en la Escrituras con asidua lectura y estudio diligente...pues deben comunicar a los fieles que se les ha confiado la inmensa riqueza de las palabras divinas” (DV 24-25). Si esto no se tiene en cuenta, se corre el peligro de caer en el vacío o en la decepción de los que son adoctrinados.

La Biblia, pues, es la reina de la verdad para todas las ciencias del espíritu.

7.- El simbolismo

La Biblia está plagada de símbolos. El símbolo remite a la realidad simbolizada que, con frecuencia es de orden moral. Un buen ejemplo es la narración del hecho portentoso en las bodas de Caná, cargado de simbolismos. He aquí algunos: El tiempo de la ley mesiánica, con los lavatorios rituales judaicos, que se practicaba con las aguas de las ánforas, ha terminado y comienza el tiempo nuevo de la gracia y la verdad de Jesucristo. Las palabras de la Virgen representan su perpetua intercesión por nosotros. La abundancia de vino de alta calidad nos lleva a ver al Dios de la alegría y del amor inagotable.

El evangelio de Juan está lleno de símbolos, por lo que se le ha llamado “el evangelio de los símbolos”: “Cristo es el cordero de Dios, el pan de vida, el buen pastor, la puerta de las ovejas; el templo de Jerusalén simboliza el templo del cuerpo de Jesús (Jn 2, 19-21). Jesús se presenta como la fuente de agua de vida eterna frente al agua del pozo de Jacob, el agua del judaísmo que no sacia la sed, mientras que la fe en él hace surgir en el creyente el agua viva del Espíritu” (Jn 4, 7-11). La roca sobre la que Jesucristo funda la Iglesia es el símbolo de la seguridad y de la estabilidad, de tal forma que nada, ni nadie podrá derribarla (Mt 16, 18).

La duplicidad de sentidos es muy frecuente, por ejemplo: En la cuarta petición del Padrenuestro, el pan, en

sentido literal, es el pan físico, alimento del cuerpo, y en sentido espiritual significa “el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios, fuente límpida y perenne de la vida del Espíritu” (Conc. Vat. II).

En el A. T. tenemos también abundancia de símbolos. La vida conyugal de Oseas con las infidelidades de la esposa y los perdones de Oseas simbolizan las relaciones, de tipo conyugal, de Dios con su pueblo. El libro de Jeremías está lleno de simbolismos fáciles de interpretar: el símbolo del alfarero (cap. 18), el de los dos cestos de higos (cap. 24), el de la vasija rota que Jeremías rompe simboliza que “Dios romperá el pueblo de modo que ya no podrá recomponerse” (19, 10-11). En Amós 3, 5 el león rugiente es el símbolo de la vocación profética irresistible.

Dada la multitud de simbolismos y la gran importancia de los mismos se ha dicho que la Biblia es el “jardín de los simbolismos”.

8.- La Biblia en clave de derechos humanos

La Biblia es un libro vivo y dinámico. En cada momento debe ser actualizado con los temas que más interesen a la humanidad. A la Biblia la podemos llamar “el libro de los derechos humanos”, a la luz de los cuales debemos leerla también hoy. He aquí algunos:

I Físicos: 1) El derecho a la vida, “no matarás” (Ex 20, 13). Cristo, además, abolió la pena de muerte (Jn 8, 1-11). La muerte, ni para los asesinos. 2) Derecho a la subsistencia: “Lo esencial para vivir es agua, pan, vestido y una casa para cobijarse” (Si 30, 21).

II Morales: 1) Derecho a la igualdad: “En Dios no hay acepción de personas” (Gal 2, 6). “Ya no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre” (Gal 3, 10-11). Todos somos iguales. 2) El derecho al amor, que además es un deber (Jn 13, 34). San Pablo dice que por encima de todo lo que tienen que hacer los colosenses es amar (Col 3, 14; 1 Cor 13). El hombre es libre en el amor, su única atadura es el amor mismo. 3) Derecho a la fama y al honor: “El chismoso descubre los secretos” (Prov 11, 13). “Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano?” (Rom 14, 10). 4) Derecho a la libertad: “Dios hizo al hombre en los orígenes y lo dejó a su propio albedrío” (Si 15, 14). “Cristo nos ha hecho libres para que seamos libres” (Gal 5, 1), “Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad” (Gal 5, 13). La libertad de

hacer esto o aquello, pero la libertad de cada uno termina donde comienza la libertad de los demás. No hay derecho contra derecho.

III Educativos: 1) Derecho a una educación de calidad para desarrollar la inteligencia y adquirir sabiduría (Prov 4, 1-6). 2) Y el de buena formación de la cultura que tanto afecta a la conducta humana.

IV Religiosos: Derecho a la libertad religiosa y a la objeción de conciencia.

V Económicos: 1) Derecho (y deber) al trabajo (Gn 3, 17-18; 2 Tes 3, 12), al descanso (Ex 23, 12) y a un salario justo (Lc 10, 7; Jer 22, 13; Sant 5, 4).

VI Sociales: Derecho de reunión y de asociación; a fijar libremente la residencia donde cada cual se sienta más a gusto. La tierra es de Dios, que nos la ha dado a todos por igual y el hombre es ciudadano del mundo.

VII Derechos políticos: “La soberanía nacional reside en el pueblo”. Todos tenemos el derecho y el deber de participar en la cosa pública no solo con el derecho y el deber de sufragio activo o pasivo, sino a través de las instituciones que se interesan por el bien común.

9.- Lectura en clave de Alianza

La Alianza es un tema central de la historia de la salvación narrada en la Biblia, en la que se relatan la alianza de Dios con Adán, con Noé, con Abraham, con David. La más importante del A.T. es la del Sinaí, que tuvo a Moisés como portavoz de las palabras de Dios al pueblo.

Dios dice: “Si escucháis mi voz y guardáis mi alianza, seréis mi especial propiedad entre todos los pueblos de la tierra” (Ex 19, 5). El pueblo respondió: “Nosotros haremos todo lo que él ha dicho” (19, 8). La Alianza se sintetiza en estas palabras: “Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” Los protegerá siempre. La alianza se rubrica con sangre de los sacrificios ofrecidos al Señor (Ex 24, 8). Las cláusulas de la Alianza son el Decálogo. El pueblo es infiel una y otra vez a esta ley constituyente de Israel, frente a la fidelidad de Dios. Esta alianza fue un fracaso.

Los profetas elaboraron una teología del corazón: Jeremías (31, 31-34) anuncia una “alianza nueva”: “Esto dice el Señor: Haré con ellos una alianza nueva, pondré mis leyes en su interior, las escribiré en su corazón. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo, perdonaré sus crímenes y no me acordaré más de sus pecados”.

Todas las alianzas del A.T. culminan en la que realizó Cristo, “la alianza nueva” que anunciaron los profetas. La

proclama con toda solemnidad al instituir la Eucaristía: “Tomó el pan, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz y, dándole gracias, lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en memoria mía”.

Cristo sacrificado rubrica con su sangre la Alianza y suplanta para siempre los sacrificios de animales del A.T.

Cada vez que celebramos la Eucaristía debemos recordar los dos mandatos que nos dio en la última cena: 1) Después del lavatorio de los pies: “Haced vosotros lo mismo: Servir a los demás. 2) Después de darnos su carne y su sangre: “Haced esto en memoria mía”, estad dispuestos a morir por los demás.

10.- La Biblia predicada

Jesucristo, en sus últimas palabras manda a sus discípulos que, a su vez, hagan discípulos de todos los pueblos, enseñándoles a poner por obra todo lo que les había enseñado él (Mt 28, 29-30). Ésta es la misión más importante de la Iglesia, es decir, de los cristianos. Los que somos asiduos lectores de la Biblia y, además, la estamos estudiando para conocerla mejor, tenemos la misión especial de propagarla, de difundirla hablando directamente con las personas y, si está a nuestro alcance, a través de los medios tradicionales de comunicación (prensa, radio, televisión) y de las nuevas tecnologías.

Si la hemos hecho parte de nuestra vida y de nuestro corazón, sentimos la necesidad de proclamarla, pues “de la abundancia del corazón habla la boca”. El ejemplo lo tenemos en los profetas: Dios da un libro, que contiene sus palabras, a Ezequiel para que se lo comiera. “Se lo comió y fue en su boca dulce como la miel” (Ez 3, 1-3). Tal vez, esto le serviría a San Agustín para decir: “Leed la Sagrada Escritura que es más dulce que la miel y más nutritiva que cualquier otro alimento”. Ezequiel no dejaba de transmitir a su pueblo las palabras digeridas de Dios. Lo mismo le pasó a Jeremías, profeta fascinante, que dedicó toda su vida pública transmitiendo las palabras del Señor. Sus múltiples gestos y obras, llenos de simbolismos, le condenan a hacer el ridículo, a que “la palabra

del Señor fuera para el oprobio y burla”, hasta el punto de ser “irrisión continua”, por eso ya no quería hablar en nombre del “Señor”, pero tenía en su corazón “un fuego abrasador que no podía soportar” y que le impulsaba, de manera irresistible a seguir proclamando la palabra de Dios (Jer 20, 8-9).

Una persona bíblica no deja de difundir la Sagrada Escritura por timidez o por el miedo al qué dirán. Una buena manera de hacerlo es que cada uno de los que integran el grupo bíblico se comprometiera a buscar a otro que se una a ellos. Así se mantendrá siempre vivo el grupo de la Escuela Bíblica, como testimonio de que la Biblia es tan importante como la Eucaristía. Pensemos que la Biblia es el mejor instrumento para el apostolado, pues “La Eucaristía, divinamente inspirada, es útil para enseñar, para persuadir, para reprender, para educar en la justicia” (2 Tim 3, 16), cosas tan importantes en la actualidad.